



Liliana Villanueva
 Maestros de la escritura
 Buenos Aires: Ediciones Godot
 2018
 249 páginas

Talleres: Clases para una creación literaria

Cecilia Secreto¹

En estos tiempos en los que, curiosamente o no, creemos poder observar un resurgimiento de los talleres de lectura y escritura, Ediciones Godot acaba de lanzar *Maestros de la escritura* de Liliana Villanueva. El título, el epígrafe y la dedicatoria rinden cuenta tanto del tema como de la búsqueda y el tono que lo insufla: los talleres literarios. Se trata de una investigación volcada a los maestros (y maestras) de la escritura, dedicada a dos de ellas: María Esther Gilio y Hebe Uhart, encabezada por una frase del célebre Séneca “El que enseña aprende dos veces”.

Dividido en una Introducción y ocho capítulos, el recorrido por los diferentes salones, aulas, livings, cafés, cocinas y diversas salas por donde han funcionado y aún siguen funcionando talleres literarios es el motivo de investigación que se propone este libro. Antes de volcarse detalladamente a cada uno de los maestros elegidos la autora realiza una reflexión general acerca de la cuestión: “si intentara escribir una historia de la escritura a partir de los maestros en la literatura rioplatense la lista sería larga (...) Solo en el Río de la Plata, muchos escritores, desde Horacio Quiroga hasta Felisberto Hernández, Juan José Saer o el mismo Piglia dejaron ensayos de escritura, decálogos y consejos para alumnos”. Allí señala que en ningún

¹ Profesora en Letras (UNMDP) y Magíster en Letras Hispánicas (UNMDP).

lugar del mundo el taller de escritura se difundió, floreció y conoció como en el Río de la Plata, sobre todo a partir de finales de los años sesenta y como una forma de reacción o resistencia a los duros años de la dictadura militar. “Desde los comienzos de la dictadura, los talleres se habían convertido en lugares de resistencia” expresa Abelardo Castillo.

La autora irá recorriendo, de acuerdo con sus necesidades, a la primera persona o a la tercera, ya sea que haya sido ella misma quien ha realizado la entrevista con el maestro en cuestión o el relato le llegue a través de un alumno o tallerista. De este modo nos irá proveyendo de una suerte de collage a partir del cual irá armando el perfil de cada uno de los maestros (para ello recurrirá a entrevistas con ellos, entrevistas con alumnos que pasaron por talleres literarios —una gran cantidad—, decálogos del buen taller, cuadernos con consignas, conversaciones con allegados, vecinos, entre otros medios). De esta manera cada taller, tiene, a modo de capítulo novelesco, un protagonista: el maestro en cuestión, quien, sin ser un personaje de ficción se constituye, a partir de la escritura de Villanueva, en una especie de zona intermedia entre el autor de carne y hueso y la categoría ficcional: quizás sea este uno de los aspectos más interesantes del libro (los entrevistados son esos maestros “reales”, esos escritores “reales” a quienes hemos leído en más de una oportunidad. Y, sin embargo, podríamos preguntarnos, junto con Foucault o Eco ¿qué es lo que hace a un autor?)

El orden elegido por Villanueva es el siguiente: Abelardo Castillo, Liliana Heker, Hebe Uhart, María Esther Gilio, Mario Levrero, Alberto Laiseca, Alicia Steimberg y Leila Guerreiro. Llama la atención, como advierte la autora, la

cantidad de coincidencias temáticas que se tratan en los talleres a pesar de las diferentes metodologías de trabajo y de géneros que se tocan. Todos los escritores o guías de taller que aquí se mencionan coinciden en que un taller no hace al escritor. Los dos primeros talleres, los de Abelardo Castillo y Liliana Heker, guardan enormes semejanzas. Al único de los ocho maestros que la autora no pudo entrevistar personalmente es a Mario Levrero. Por otro lado, de estos ocho dos están dedicados al periodismo narrativo y su base, la entrevista.

A la vez que vamos incursionando (permítasenos decir que, en la medida en que el lector va leyendo los capítulos y va paseando por las “estaciones” vive una experiencia particular, y es que se siente invitado en carácter de asistente a participar, de un modo *ex tempore*, de esas clases literarias) contamos con más información para poder cotejar las semejanzas y diferencias entre un maestro y otro, un taller y otro, un modo de entender el oficio de escritor y otro. Y este es también uno de los aspectos interesantes de la investigación. Porque lo que nos queda en claro es que no hay recetas y que no todos los maestros coincidirán ni tendrán la misma opinión sobre qué hace a la “formación” de un escritor.

1-Abelardo Castillo: “A los talleres literarios los inventé yo”

El taller de Abelardo abre el itinerario y es, junto con el de Heker, el taller más ¿rígido?, ¿exigente? (esa es la sensación que queda luego de todo el recorrido). Tanto Castillo como Heker tienen una posición frente al trabajo en el taller más forzada (menos libre, quizás) y profesionalizada (la expresión es nuestra) que el resto de los maestros. A Castillo pertenecen expresiones tales como: “El que no ha leído *Los hermanos Karamazov*

no entra a mi taller”. También le debemos a Abelardo Castillo el surgimiento del taller literario ligado a un modo de resistencia política (ya lo mencionamos antes): “El taller literario tomado estrictamente como un método de enseñanza es muy dudoso porque no nació como un fenómeno cultural, educativo o pedagógico sino como un fenómeno histórico”.

Castillo sostiene que la pasión pura no sirve para escribir puesto que la realidad no se escribe. Se hace ficción sobre lo que queda o lo que falta de ella. Se escribe sobre los deseos, sobre las culpas, sobre los sueños.

Muy severo en la elección de sus alumnos que debían ser jóvenes muy leídos y tener la aspiración de convertirse en escritores, sostiene que se escribe porque la felicidad no existe y que el secreto en literatura está en el cómo contarlos, la forma no es más que el último límite de un escritor, la imposibilidad de ir más lejos. La forma, de hecho, es anterior a toda especulación.

Para este maestro “Toda sintaxis es una concepción del mundo”.

2-Liliana Heker: “yo creo que no hay carrera que inhiba tanto para la creación literaria como Letras”

Liliana Heker habla de su relación con la enseñanza de la escritura, de la corrección de textos, del trabajo con los personajes, de la voz del narrador, entre otros temas. Señala la importancia del taller como un “pequeño ámbito de libertad” dentro de un país sitiado. Remite el primer taller al año 1965. Lo dirigía el doctor Rodolfo Carcavallo, poeta y entomólogo, una frase memorable que retoma Heker es la siguiente: “Venían señoras gordas y chicos con talento”.

Villanueva recurre a la voz de Silvia Schujer para referirse a los talleres de Liliana, quien dice: “Yo aprendí la

generosidad del maestro que quiere hacer lo mejor con vos, que respeta tu voz. Lo más importante que pasó literariamente pasó ahí, en el taller de Liliana”. Liliana trabaja con la tradición del cuento norteamericano (Cheever, Carver, Poe) o Maupassant, donde no sobra nada. Incluso, dentro de las anécdotas y reflexiones acerca de las experiencias adentro del taller nos vamos a encontrar con algunas expresiones causantes de burlas y risas “literarias”, como es el caso de la malhadada frase de un alumno que escribió “neblinoso estaba Londres”.

Para esta maestra “Las ganas de escribir vienen escribiendo”.

3- Hebe Uhart: “Coordinar un taller es como ir caminando por la calle con un grupo de borrachos: cada uno se va para cualquier lado”

Hebe considera que un taller es un espacio solidario para combatir la angustia. Esta escritora tiene a Felisberto Hernández como maestro y, a diferencia de lo que expresa Liliana Heker, explica que a sus alumnos les hace consideraciones muy generales sobre la escritura, tratando de seguirlos, viendo para dónde va cada uno. Uhart dice. “No trabajo nada con la corrección formal en los talleres y no tengo mucha exigencia de excelencia en la escritura”. “Yo acepto todo”. “Acepto con amplitud variedad de niveles, aunque no me gustan las luminarias ni los demasiado jodidos”. Para esta maestra escribir es un oficio, no es un acto mágico y misterioso. Escribir es comunicar a través del lenguaje y ese lenguaje no tiene que ser extraordinario. Uhart considera que en la literatura se dan dos cosas: la curiosidad y la pasión y que la mayoría de la gente piensa que cualquiera puede escribir cualquier cosa, pero que no es así. Cada uno tiene su registro y cada uno puede contar lo que está dentro de su registro,

puede contar aquello que le resuena. Todos tenemos obsesiones parciales, sostiene Hebe, pero la obsesión no sirve para escribir. Un escritor, explica, se define no solo por lo que muestra sino por lo que no muestra. Escribir implica un coraje, hay que arriesgarse a pensar, a indagarse.

Uhart recuerda permanentemente la escritura y la enseñanza de su maestro y pone sobre la hoja la mirada que Hernández tenía sobre el lenguaje: en vez de adjetivar Felisberto prefería la metáfora.

Máxima del taller de Hebe: “No hay que depender ni del estímulo ni de la crítica”.

4- María Esther Gilio: “Ella no usaba grabador, ella escuchaba”

María Esther Gilio es elegida entre los ocho maestros (junto con Hebe se lleva la dedicatoria del libro) por su destreza en el arte de preguntar. Gilio ha ofrecido clases sobre la entrevista, las ha dado en Venezuela, en Ecuador, en Colombia, en Chile. Ha entrevistado a Bonavena, Isabel Sarli, Armando Bo. Recuerda particularmente la vez en que tuvo oportunidad de entrevistar al fiscal y al juez que prohibieron la proyección de “Último tango en París”, entre otras cosas. Gilio sostiene que “el periodismo tiene la extensión del océano y la profundidad de un charco”.

Base para una buena entrevista: “la pregunta nace del entrevistado”.

5- Mario Levrero: “En eso consiste el verdadero aprendizaje: no saber que se sabe, y de pronto, saber”

Mario Levrero es el maestro no entrevistado por Villanueva. Oficiando de buen Virgilio, quien conducirá y guiará a la autora por el taller del maestro será Helvecia, una alumna que conserva los cuadernos y los recuerdos. Helvecia dice que Levrero fue un maestro espiritual cuya herramienta era la escritura y que dar

talleres lo agotaba. Helvecia guarda cuadernos con decenas y decenas de consignas de escritura, muchas de ellas transcritas en el libro que estamos reseñando. Tranquilamente podríamos ponernos a escribir estas consignas, como buenos alumnos, curiosos, escritores, invitados...

Máxima de Levrero: “Los textos surgen desde un impulso oscuro, no racional, probablemente a través de movimientos anímicos y emocionales. Traducir eso a imágenes o palabras es una capacidad que se adquiere”

6- Alberto Laiseca: “Corregir se acerca mucho a reprimir”

María Virginia Gallo, la alumna entrevistada, cuenta que para Laiseca, Lai para los que los conocen, corregir se acercaba mucho a reprimir, por eso era muy escueto con la corrección. Gallo cuenta que Lai decía que tenía la actitud del maestro zen, aquel que no debía ni quería ser visto. Laiseca les pedía a sus alumnos confianza. Había que escribir y esperar. Reconoce un método para su enseñanza: el realismo delirante. Hay dos autores que siempre cita fuera y dentro de los talleres: Edgar Allan Poe y Oscar Wilde.

Máximas de Laiseca: “Irse por las ramas, en la escritura y en la vida, es lindo. Es parte de la vida”

7- Alicia Steimberg: “para escribir hay que pensar en la sonoridad de las palabras”

Steimberg sostiene que dentro de sus talleres le da más importancia a la lectura y a la comprensión de textos que a otra cosa, es por eso que en ellos no propone temas ni pretende enseñar nada, no cree que la literatura pueda enseñarse. Sin embargo, cree que escribir es diferente, para escribir hay que pensar en la sonoridad de las palabras. Alicia confía en

que los alumnos, a través de los ejemplos que se tratan en la clase, vayan incorporando bellas maneras de decir. Entre otras cuestiones, menciona la importancia que le da a las asociaciones libres, al primer párrafo, a las descripciones, a las sensaciones, a lo que ella denomina: la visibilidad de la escritura. Dice que un texto malo trata de contar una historia a través de generalizaciones, sin particularizar. Un texto malo no ofrece imágenes sino ideas, pensamientos, opiniones del autor. Piensa que la mayoría de los buenos textos son visuales y que todos los grandes escritores empiezan contando algo que uno puede ver con la mirada interior a través de la lectura.

Máxima de Steimberg: “irse por las ramas”, explica que en sus talleres ella no da ninguna pauta de lo que tienen y de lo que no tienen que contar, solo les dice que no corran por la ruta principal, sino que entren por los caminos laterales de la historia.

8- Leila Guerrero: “Toda pieza de periodismo es una edición de la realidad”

Guerrero empezó a dar talleres en 2004 en el Centro Latinoamericano de Periodismo de Panamá y a partir de julio de 2010 en Argentina. Guerrero considera que escribir es construir sentido con las palabras y que toda pieza de periodismo es una edición de la realidad. La descripción del sitio donde vive una persona es una descripción del sitio donde vive una persona y uno un inventario de sus muebles. Para esta periodista la objetividad en el periodismo narrativo es un cuento chino, el periodista se plantea la relación entre los hechos y el modo en que las personas se relacionan con esos hechos.

Advierte que en periodismo se hace un abuso de la primera persona y que en sus

talleres les dice a sus alumnos que el yo no les puede estar tapando la historia. Dice que de todos los recursos de la ficción que se pueden usar hay uno que al periodismo narrativo le está vedado y ese recurso es el de inventar.

Máxima de esta maestra: “sea moderado con adverbios y adjetivos. No los acumule si son similares entre sí”.

Hemos recorrido los espacios de estos ocho maestros, ocho talleres, ocho modalidades, ocho modos de ver la escritura, la literatura, los géneros, el acto creador, incluso la ineludible e inefable tarea que es la “enseñanza”. Los hemos visto ya sea posicionándose como el maestro intransigente que no recibe a quien no haya leído a Dostoievsky, o aquella que pule la frase hasta la perfección creyendo que ella es posible, ya sea asumiendo el rol del maestro zen, o el de guía espiritual, o el de coordinador de un grupo de lectura, o el que habilita a irse por las ramas, o el que brinda un espacio o un tiempo para escapar de la rutina y el agobio, o la que cree en la sonoridad y la belleza del lenguaje, o quién dice que la literatura es pasión o quién dice que es lo cotidiano: todos ellos y ellas, alumnos y maestros, escritores y lectores, en sus semejanzas y diferencias han sido el motivo de este libro.